

§ IV. PONTIFICADO DE CALIXTO II (1º de febrero de 1119-12 de diciembre de 1124).

32. Los cardenales que habian acompañado á Gelasio II en el destierro, le dieron por sucesor á Guido, arzobispo de Viena (Francia). La eleccion tuvo lugar en Cluny. El nuevo papa tomó el nombre de Calixto II. Recibia en tierra extraña el cetro del pontificado proscrito; pero estaba destinado á llevarlo triunfante á Roma, y á dar en fin la paz á la Iglesia. El emperador Enrique V principiaba á conocer que la lucha que tenia tan empeñada contra la Santa Sede era una de esas cuestiones de principio que jamás se resolverian en favor suyo. Los papas podian morir; pero el pontificado inmortal no abandonaria nunca una causa justa y santa. Se hallaban, aun entre los prelados alemanes, hombres honrados y rectos que no se disimulaban la gravedad de la situacion, y la inutilidad de la resistencia. Conrado, arzobispo de Salzbourg, no habia temido echar en cara á Enrique V su tiranía, cuando lo de la prision de Pascual II. Cierta oficial de guardias desenvainó su espada y le amenazó matarle. El heróico prelado le mostró el pecho descubierto diciéndole: « Heridme; puedo morir yo, mas no » haréis morir la verdad. » A consecuencia de su heróico valor fué desterrado. Alberto, canciller del imperio y arzobispo electo de Maguncia, mostró igual ánimo é intrepidez, por lo cual fué encadenado. Toda la Alemania deseaba en fin la paz. La dieta general de Tribur, año 1119, manifestó explícitamente este deseo de los pueblos. Enrique V temia verse abandonado de sus propios vasallos si aun prolongaba la guerra. Entretanto Calixto II le envió una diputacion, compuesta de Guillermo de Champeaux, obispo de Chalons, y Pons, abad de Cluny, para concertarse en las bases de una pacificacion. Enrique V les rogó le expusiesen medios de terminar este negocio, mas sin perder nada de su autoridad. « Señor, le dijo » Guillermo de Champeaux, si deseais una paz duradera, es » necesario renunciéis francamente y para siempre jamás á la » investidura de los obispados y abadías. Cuando yo fuí pro-

» movido al episcopado en el reino de Francia, no recibí ninguna clase de investidura de mi rey y soberano señor; y sin embargo le pago á título de vasallo los tributos debidos. Yo le sirvo tan fielmente como pueden servirlos vuestros obispos de Alemania, cuyas investiduras han levantado tal borrasca y os han acarreado la excomunion. » Enrique V se puso á reflexionar, y luego dijo: « Si es así, y si me prometeis que con esa condicion podré reconciliarme con el papa y restablecer la paz en Alemania, consiento en renunciar á las investiduras. » Fué pues señalada una conferencia en Mouson para ratificar solemnemente la paz entre la Iglesia romana y el imperio. Celebraba á la sazón Calixto II un concilio en Reims, y lo dejó para personarse en el sitio indicado por Enrique V. Pero este rey, estando á punto de concluir, conservando sin duda aun la esperanza de arrancar por violencia la concesion de las investiduras, rompió las negociaciones y se retiró á Alemania, so pretexto de convocar una dieta general y someterle las condiciones del tratado.

33. El papa regresó á Reims dolorido de esta mala fe. Mas aprovechó su mansion en Francia para terminar la querella movida entre Enrique II de Inglaterra y Ludovico el Craso. Enrique II se habia apoderado del ducado de Normandía, y retenia prisionero al duque Roberto, su hermano. Ludovico el Craso, en calidad de soberano, habia tomado la defensa de su vasallo oprimido. La cuestion fué resuelta á favor de Enrique II por el concilio de Reims. Calixto II cerró el concilio con la excomunion del emperador de Alemania y de sus partidarios. Ochenta y siete obispos y abades, revestidos de las insignias episcopales, se reunieron en la catedral, llevando cirios encendidos. Se leyó en su presencia la sentencia que condenaba al antipapa Mauricio Bourdin, y á su protector Enrique V de Alemania que se titulaba emperador, cuyos súbditos fueron absueltos del juramento de fidelidad á un monarca perjuro. En este momento, todos los asistentes apagaron en tierra sus velas, y repitieron las palabras del anatema. El abate Fleury y el P. Longueval omiten de intento la cláusula

que desata á los pueblos de la Germania del juramento de fidelidad á Enrique V. Esta cláusula nos muestra lo que los obispos de Italia, España, Francia, Inglaterra y Alemania pensaban entonces del poder pontifical, revestido por la opinion pública, en la edad media, del derecho de supremacía sobre los reinos. Para juzgar á un hombre ó á un siglo, ante todo es necesario saber lo que cree y lo que hace.

34. Antes de salir para Roma, Calixto II dió el título de misionero apostólico á san Norberto, y le encomendó predicar el reino de Dios en Francia y Alemania. Norberto, de ilustre nacimiento, estaba emparentado, por su padre, con los emperadores de Alemania, y por su madre descendía de la familia de Bouillon. Empleado desde su juventud en la corte de Enrique V, se entregó á todas las liviandades y placeres mundanos: y su corazón estaba embriagado por las esperanzas del siglo, por su nombre, mérito y fortuna. En 1114 iba cierto día á una fiesta, y atravesaba á caballo un vallejo en el ducado de Cleves, cuando se vió sorprendido por una tempestad. Cayó á sus piés un rayo, y cayeron también á tierra el caballo y el caballero. Cerca de una hora quedó sin sentido Norberto: y cuando volvió en sí, creyó oír una voz del cielo que, como en otro tiempo á Paulo, le decía: « Norberto, Norberto, ¿porqué » me persigues? ¿Cómo es que malgastas en proyectos de ambición y orgullo los talentos y riquezas que te he dado para » gloria mía y para servicio mio? » El joven cortesano se levantó mudado. Fué á echarse á los piés del arzobispo de Colonia, el cual le ordenó de sacerdote. Renunció entonces á los bienes y esperanzas del siglo por consagrarse exclusivamente al apostolado. Su palabra incisiva, elocuente, llena de energía y fuego, entusiasmaba las muchedumbres, calmaba las disensiones y apagaba las enemistades mas inveteradas, haciendo reinar en las almas el Evangelio. Toda Europa resonó con su nombre, y se decía: « La caridad, para conversar con los hombres, ha tomado la figura de Bernardo; y la fe ha tomado la de Norberto. » Gelasio II y su sucesor habian bendecido su mision; y el obispo de Laon, que le veneraba mucho, quiso fijar en su dió-

cesis al varon apostólico, y con este objeto le dió la soledad de Premostrato para establecer una orden allí, donde efectivamente se estableció el santo con algunos compañeros. San Norberto era canónigo así como sus compañeros; adoptó con preferencia la regla de san Agustin, añadiendo constituciones mas austeras. Los canónigos reglares de Premostrato vivian en la mayor pobreza; ayunaban todo el año, guardaban silencio perpetuo, y llevaban hábito blanco de lana. Se propagó rápidamente el nuevo instituto; y los mas ilustres personajes de este siglo solicitaban el favor de vivir bajo la direccion de Norberto. El joven Tibaldo IV, conde de Champaña, vino á ofrecer al santo abad tomase en sus manos los condados de Blois, Chartres, Meaux y Troyes, para entrar él como simple religioso en la abadía Premostratense. Tal propuesta hubiera podido seducir á una alma vulgar, pero los santos nivelan su conducta por miras mas elevadas. Norberto rehusó: « No será » así, dijo á Tibaldo: vos llevaréis el yugo del Señor en » la vida conyugal, y vuestra posteridad poseerá vuestros » grandes Estados con la bendicion de vuestros padres. » El conde se sometió, y por mediacion de san Norberto se casó con Matilde, hija del duque de Carinthia, con la cual vivió santamente. Norberto quiso que su orden reuniese ambos sexos. Abrió pues un monasterio de monjas, que muy pronto floreció. Entraron en esta nueva orden Ermengarda, condesa de Roussy; Inés, condesa de Braine; Adela de Montmorency, hija del condestable Boucardo; Beatriz, vizcondesa de Amiens; Anastasia, duquesa de Pomerania; Heduvigis, condesa de Cleves, y su hija Gertrudis. Las reglas que les prescribió el santo parecian superiores á su sexo; pero ni aun eran proporcionadas á su valor. Jamás salian del claustro; se habian prohibido toda relacion con el mundo; ni aun hablaban á sus mas próximos parientes sino en presencia de dos religiosas: llevaban hábito blanco de tela grosera; jamás comian carne, y su ayuno era perpetuo. Estas austeridades eran precisamente un nuevo atractivo; pues que se aumentó tan prodigiosamente el número de monjas, que quince años despues

se contaban mas de diez mil entre los diversos reinos. No fueron menos fecundos los conventos de monjes ; pues que treinta años despues de su fundacion se hallaban en capítulo general cerca de cien abades del orden. Hacia 1126 , fué elevado san Norberto, muy á su pesar, á la silla de Magdeburgo, donde continuó su apostolado y murió santamente.

35. Terminado el concilio de Reims, Calixto II volvió á pasar los Alpes y penetró en la Lombardía. Los pueblos , cansados del yugo tiránico del antipapa , le salian por todas partes al encuentro, y le saludaban aclamándole verdadero Pastor de la Iglesia universal. La noticia de su llegada excitó en Roma transportes de júbilo. Mauricio Bourdin creyó prudente esquivarse del furor popular : se fugó á Sutri, se encerró en aquella fortaleza , esperando de Enrique V un socorro que no habia de venirle mas. Hizo el papa su entrada solemne en Roma entre cantos de triunfo, y fué entronizado en el palacio de Letran el 3 de junio de 1120. Un mes despues recorrió la Apulia y principales ciudades de la Italia meridional para reunir fuerzas contra el antipapa y concluir en fin con el cisma que afligia á la Iglesia. Mauricio Bourdin, sitiado en la fortaleza de Sutri, fué entregado por los habitantes, sitiadores , en manos de las tropas pontificales. Calixto II le perdonó la vida y se contentó con confinarlo por el resto de sus dias, en 1121 , al monasterio de Cava. Enrique V, ocupado en reprimir una nueva insurreccion de la Sajonia, no podia acudir en favor del antipapa. Pero los acontecimientos le superaban de todas partes. Los señores alemanes , el clero y el pueblo, cansados de una lucha estéril que desde medio siglo agotaba las fuerzas de la nacion, pedian la paz; y la cuestion de las investiduras habia sido examinada tantas veces, que al fin todo el mundo la comprendió, y todos se hicieron cargo de la ridiculez y absurdo de ver poner por legos el báculo y el anillo en mano de los obispos y abades. Así que esta causa iba careciendo de soldados. Abrióse pues una dieta en Wormes , año 1121 , para concluir la paz definitiva. Asistieron á ella, en calidad de legados del papa, Lamberto, obispo de Ostia, el presbítero Sajonio

y el diácono Gregorio. Despues de dos semanas de debates , fueron convenidos los dos tratados ó artículos siguientes : « Yo » os otorgo, dice el papa al emperador , que las elecciones de » los obispos y abades del reino teutónico se hagan en vuestra » presencia sin violencia ni simonía. El electo recibirá de vos » la investidura de las regalías por el cetro. De este modo os » doy la paz á vos y á todos los que han seguido vuestro partido en estas discordias tan prolongadas. » Por su parte decia el emperador : « Por amor de Dios, de la santa Iglesia romana y del papa Calixto II, y para salvacion de mi alma, » renuncio á toda investidura por el báculo y el anillo pastoral. Conservaré paz con el papa Calixto II y la santa Iglesia » romana , y le daré fielmente socorro cuando me lo pidiere. » Otorgo á todas las iglesias de mi imperio las elecciones canónicas y las consagraciones libres. » Ambos tratados ó artículos fueron leidos en una asamblea que se celebró el 23 de setiembre de 1122 en una inmensa llanura á las orillas del Rhin. Cuando se hubieron concluido los tratados de parte á parte, el obispo de Ostia celebró la santa misa y dió la sagrada comunión al emperador en señal de reconciliacion. Los legados pronunciaron en seguida la absolucion de la excomunion sobre todo el ejército imperial y cuantos hubiesen tomado parte en el cisma. Se concluyó definitivamente la contienda de las investiduras : apenas hacia treinta y siete años que habia muerto san Gregorio VII.

36. Para sellar mas irrevocablemente la alianza entre el sacerdocio y el imperio, Calixto convocó para la iglesia de Letran el noveno concilio general y primero de Occidente, año 1123. Asistieron á él trescientos obispos y seiscientos abades de todas las partes del mundo. El papa ratificó en él y promulgó solemnemente el tratado de paz concluido con Enrique V. Se convino en que las elecciones de obispos y abades de la Germania se hiciesen en adelante, sin simonía, en presencia del emperador ó de sus delegados, y que los vasallos elegidos recibirian de él, por la entrega del cetro, como se practicaba con los otros vasallos, la investidura de las *regalías*,

esto es, de los feudos y otros dominios temporales, concedidos á la Iglesia por los príncipes. Y en fin se renovaron con el mayor rigor las excomuniones fulminadas contra los Nicolaitas, simoníacos, y contra aquellos partidarios del antipapa Mauricio Bourdin que persistiesen en el cisma. El noveno concilio general terminó gloriosamente el pontificado de Calixto II. En menos de seis años, acabó de pacificar este papa la Iglesia y el imperio, reparó las faltas ó flaquezas de sus antecesores, restableció la autoridad de la Santa Sede y el esplendor del orden jerárquico: consumó en fin la realizacion del plan de san Gregorio VII, y murió el 13 de diciembre de 1124. El emperador Enrique V le sobrevivió poco, pues murió el 23 de mayo de 1125, sin dejar hijos. Se extinguió en él la antigua casa de Sajonia, que reinaba doscientos siete años hacia. Lotario II, el mas próximo pariente de esta familia por su esposa, que descendía de un tío de san Enrique, fué elegido en Maguncia el 30 de agosto de 1125 y subió al trono de Alemania.

37. El desórden y relajamiento de costumbres, arraigados durante la larga lucha de las investiduras, favorecieron la invasion, en las iglesias de Occidente, de una muchedumbre de sectas, retoños del maniqueísmo, y que erigian al vicio nada menos que en sistema. De este modo volvian á reanudar la cadena de los herejes de Orleans, Arras, Tolosa, restos de los Paalicianos de Oriente, precursores de todos los sistemas mas modernos, que, bajo diversos nombres, tienden á destruir los principios de autoridad, de la subordinacion jerárquica, de la propiedad, de la familia y de la sociedad. Sus errores dogmáticos, comunes en ciertos puntos, tales como la inutilidad de los sacramentos, de la invocacion de los santos, de su culto y veneracion de reliquias, la inutilidad en fin de las oraciones por los difuntos, difieren en algunos otros, segun el nombre de los cabezas de secta. Pero sus principios morales son los mismos; negacion de todo poder y autoridad; negacion de toda regla obligatoria; licencia y escándalo. El primer nombre en este género es el de Pedro de Bruys en el siglo XII, tuyos

discípulos se llamaron Petrobusianos. Recorrió el Delfinado, la Provenza y el Languedoc, echando abajo las cruces y quemándolas, rebautizando á los niños, enseñando que las iglesias eran inútiles, y que Dios no tenía mas templo que el universo. Las gentes le seguian con entusiasmo, asesinaban á los sacerdotes, saqueaban y quemaban las iglesias y cometian todo exceso. Enrique de Lausana, el discípulo mas célebre de Pedro de Bruys, llevó á la Suiza y provincias del poniente de la Francia las mismas doctrinas y desórdenes. La sociedad estaba tan interesada como la religion en la represion de tales sectarios, y esta consideracion explica los rigores que la potencia secular usó contra ellos, lo mismo que contra los Valdenses y Albigenses, de quienes eran la vanguardia. — Por la misma época un fanático de Amberes, llamado Tanchelme ó Tanquelin, amotinó los pueblos por los mismos medios; y aun llevó su delirio hasta hacerse adorar como un dios. Renovó las tradiciones de los Adamitas, y pretendia atraer al mundo á su desnudez primitiva, restituyéndole su perdida inocencia. Las predicaciones de san Norberto, en Amberes, lograron convertir á muchos extraviados. Los discípulos de Tanquelin se esparcieron por todo Flandes, por las orillas del Rhin, infestando la diócesis de Colonia. Afectaban vida muy austera y pobre, se levantaban contra el primado del papa y contra todo el orden jerárquico. Se titulaban los pobres de Cristo, los imitadores de los Apóstoles, de donde tomaron el nombre de *Apostólicos*.

38. Hácia la misma época se manifestaban errores análogos en el Oriente. Los *Bogomitas* (nombre esclavon que significa *sectarios de la oracion*) inundaban el imperio de Constantinopla, bajo la direccion de un impostor búlgaro llamado Basilio. Estos fanáticos desecharan todo el conjunto de los dogmas cristianos. Segun ellos, la encarnacion de Cristo, su vida, passion y muerte solo habian sido apariencias sin realidad. Desecharan la Eucaristía, á que llamaban *sacrificio de los demonios*, y no reconocian mas comunión que la de pedir á Dios el pan cotidiano rezando el *Pater noster*. Y en efecto, rezaban y re-

petian sin cesar esta oracion, circunstancia que les valió el título de *Bogomitas*. Respecto de la moral, nos bastará citar una expresion de la princesa Ana Comnena: « Hubiera querido dar á conocer su herejía, dice; mas no quiero manchar » mi pluma. » El emperador, su padre, se esforzó vanamente en traer á la razon á estos insensatos. Basilio, su jefe, condenado al fuego, prefirió ser quemado en la hoguera á abjurar sus errores. Los Bogomitas, bajo el nombre de Búlgaros, penetraron en la Lombardia, de donde pasaron á Francia, y mas tarde se mezclaron con los Albigenses, en la Provenza, y con los Cátharos en Alemania.

39. En tanto que estas sectas principiaban, en Oriente y Occidente, una especie de reaccion impía contra el espíritu de fe que se manifestaba mas y mas en el mundo cristiano, con la extension de las órdenes religiosas y el gran movimiento de las cruzadas, tomaba nacimiento en el claustro una nueva literatura, inspirada por los recuerdos de la guerra santa, y reflectando el entusiasmo que habian excitado en Europa estas expediciones lejanas. Guiberto, sabio y virtuoso abad de Nogent-sous-Coucy, la inauguraba con su historia de la primera cruzada, que con admirable inventiva de expresion intituló: *Gesta Dei per Francos*. La grandeza del asunto; la sencillez del estilo; el colorido oriental é ingenuidad del monje cronista; las hazañas de los caballeros y barones franceses en los campos de batalla cuyos nombres, de por sí, eran encanto y magia para imaginaciones alimentadas de recuerdos bíblicos; reinos, principados y feudos fundados en Jerusalem, Edesa, Antioquia, Joppe y Tiro por la espada de los Francos; las marchas aventureras, los hechos heroicos de los Godofredos de Bouillon, de los Tancredos, Bohemundos y Robertos de Normandía, todo, todo esto era muy propio para mantener en el Occidente el santo entusiasmo de las guerras santas. El grito de: *Dios lo quiere*, prolongado de eco en eco [y resonando en todo el mundo, y vibrando en todos los corazones] con la santa embriaguez del buen éxito y el noble orgullo de un triunfo cuya gloria se referia á solo Dios, tal es el asunto de esta obra

singular. Se podia ya prever que no se habia apagado el ardor de las cruzadas, y que nuevas generaciones de héroes, envidiosas de imitar á sus antepasados, se contemplarian ufanas de ir un dia á derramar su sangre en las llanuras del Asia por rescatar al santo Sepulcro y libertar á Jerusalem.